

hace caso de nada, ni de correcciones, ni de excomuniones, ni siquiera de la misma condenación: sólo atiende a desahogar la pasión y exclama: “Con tal de que me satisfaga, venga luego lo que viniere”. Y así como una virtud excelsa tiene por cortejo otras virtudes, así un vicio que descuelle arrastra a su seguimiento otros vicios. “Sí, dice San Lorenzo Justiniano, ¡cuántas pasiones encierra en sus cadenas de iniquidad la pasión dominante!”.

PERORACIÓN: 1º. *Reprimid los primeros ataques de la pasión.*— Cuando empiece a levantar cabeza la pasión, hay que reprimirla al punto, sin dejarla fortalecerse. “Cuidad, decía San Agustín, de que la pasión no vaya creciendo, y para ello aplastadla en su misma cuna” Y San Efrén: “Si tardáis en curar la pasión, se convertirá en úlcera”. Acontece con ella como con la herida, que, si no se la cierra, hácese incurable.

Ejemplo.— He aquí cómo se las arregló cierto padre del desierto como refiere San Doroteo, para probar esta doctrina prácticamente: mandó a un discípulo que desarraigase de la tierra un ciprés tierno, obedeció y lo arranco en seguida; mandóle después que arrancase otro más grandecito, y ya tuvo que trabajar en arrancarlo;

mandóle, finalmente, que desarraigase otro de raíces bien arraigadas, y no pudo conseguirlo el discípulo. Después de lo cual dijo el monje anciano: Así, hijo mío, son nuestras pasiones, que, una vez arraigadas firmemente en el corazón, no podremos arrancarlas de él. Oyentes míos, tened siempre ante los ojos esta máxima, que o se ha de poner al alma bajo los pies de la carne o la carne se ha de poner bajo los pies del alma.

2º. *Dad otro curso a las pasiones.*— Bella es la regla enseñada por Casiano a este respecto: “Procuremos, dice, que nuestras pasiones cambien de objeto, y entonces, de viciosas, se trocarán en santas. El que se sienta inclinado a enfadarse contra los que le faltan al respeto, dé otro curso a la cólera y vuélvala contra el pecado, monstruo capaz de dañarlo más que todos los monstruos del infierno. El que se sienta inclinado a amar a las personas dotadas de tal o cual bella cualidad, vuelva su amor hacia Dios, que reúne todas las perfecciones más dignas de cautivar nuestro corazón”.

3º. *Rezad.*— Pero el mejor remedio contra las pasiones es la oración, el recurrir a Dios para que nos libre de ellas. Cuando se encarnicen contra nosotros las pasiones, redoblemos las oraciones. Entonces de nada valen la razón ni las refle-

xiones, porque la pasión todo lo oscurece; ¿qué digo?, cuanto más se piensa en el objeto presentado por la pasión, más encantos parece revestir; de ahí que no haya recurso más eficaz que acudir a Jesucristo y a la Santísima Virgen María, suplicándoles entre lágrimas. y suspiros: “*Señor, ¡socorro!, nos perdemos. No permitas que me aparte de ti*”. “*Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios*”.

Unid vuestro corazón sólo a Dios.— Ea, pues, levantémonos de la tierra, almas creadas para amar a Dios; dejemos de ocupar nuestra mente y corazón en la vileza de este mundo, dejemos de amar el fango, el barro, la podredumbre, y empleémonos con todas las fuerzas en amar al sumo e infinito bien, a nuestro amabilísimo Dios, que nos creó para sí y nos espera en el cielo para hacernos felices y hacernos participantes de la misma gloria que Él disfruta por toda la eternidad.

10. Desconfianza de nosotros mismos

I. POR NOSOTROS MISMOS NADA PODEMOS EN ORDEN A LA SALVACIÓN.— *Con temor y temblor obrad vuestra propia salud*, aconsejaba el

Apóstol. Para conquistar la vida eterna es necesario temblar y temer de continuo, desconfiando por completo de nuestras fuerzas, porque nada podemos hacer sin la gracia de Dios: *Fuera de mí nada podéis hacer* (Jn 15,5). Dice San Pablo que ni de un solo buen pensamiento somos capaces por nosotros mismos: *No que por nosotros mismos* seamos capaces de discurrir algo como de nosotros mismos, sino que nuestra capacidad nos viene de Dios (2 Cor 3,5). Ni siquiera podemos nombrar a Jesús útil y meritoriamente, sin la ayuda del Espíritu Santo: *Nadie puede decir: "Señor Jesús", sino por el Espíritu Santo* (1Cor 12,3).

II. DIOS DEJA CAER EN PECADO A QUIENES CONFÍAN EN SÍ MISMOS.— ¡Desgraciado quien en los caminos de Dios confía en sí mismo! Bien experimentó San Pedro está desgracia cuando Jesucristo le predijo que en aquella noche le había de negar: *En verdad te digo que en esta noche, antes de cantar el gallo, me negarás tres veces*. (Mt 24,34). San Pedro, fiado en sus propias fuerzas y buena voluntad, respondió: *Aunque me vea en el trance de morir contigo, no seré quien te niegue* (Ibid 35). Mas ¿qué aconteció? En la noche del arresto de Jesucristo hallábase en el

patio de Caifás, y no bien le echaron en cara ser uno de los discípulos del Salvador, atemorizado, renegó tres veces del Maestro, asegurando que nunca lo había conocido. Pensémoslo bien. Tanta necesidad tenemos de la humildad y de desconfiar de nosotros, que a las veces no duda Dios en dejarnos caer en algún pecado para adquirir tal humildad y el conocimiento de nuestra debilidad. Esta desgracia le aconteció también a David, por lo que luego de su pecado exclamaba: *Antes anduve errado que afligido* (Sal 118,67).

III. QUIEN CONFÍA EN SÍ MISMO NO TEME EXPONERSE AL PELIGRO, SE OLVIDA DE ENCOMENDARSE A DIOS Y CAE EN UN ABISMO DE PECADOS.— Por esto el Espíritu Santo llamaba feliz al hombre que se conserva en el temor de Dios: *Feliz el hombre que se está siempre temeroso* (Prv 28,14). El que teme la caída, desconfiando en sus fuerzas, huye en cuanto puede de las ocasiones peligrosas, se encomienda a menudo a Dios y así se conserva libre de los pecados. Pero quien no tiene temor alguno y confía en sí mismo, se expone fácilmente a los peligros de caer, es flojo en encomendarse a Dios y acaba por caer. Figurémonos que hubiera un hombre colgado de una cuerda al borde de un precipicio.

Este tal, viéndose en tamaño peligro, suplicaría y diría a quien lo sostuviese de la cuerda: “¡Por favor, por caridad, sujeta firme la cuerda y no la dejes !”. Pues bien, cada uno de nosotros corre el peligro de caer en el abismo de todas las maldades si Dios no lo sostiene con su mano. De aquí que sin cesar tengamos que pedir a Dios no nos deje de su mano y nos socorra en todos los peligros.

San Felipe Neri solía decir al levantarse: “Señor, extended hoy la mano sobre Felipe; si no, Felipe os traicionará”. Y leemos en su vida que, caminando por Roma y pensando en sus miserias, iba diciendo: “¡Estoy desesperado! ¡Estoy desesperado!”. Oyólo cierto religioso y, creyendo que en realidad estuviese tentado de desesperación, lo corrigió y animó a esperar en la divina bondad, a lo que el santo contestó: “De quien estoy desesperado es de mí mismo, pero confío en Dios”. Así tenemos nosotros que vivir en el mundo, expuestos como estamos a perder a Dios: siempre hemos de desesperar de nosotros mismos, pero siempre habemos de esperar en Dios.

11. Confianza en Dios

I. NECESIDAD DE ESTA CONFIANZA.— Escribe San Francisco de Sales que, si el conocimiento de nuestra debilidad no nos inspirara más que desconfianza en nosotros, sólo serviría para hacernos pusilánimes, con peligro de caer en la relación y quizás en la desesperación. Cuanto más desconfiamos de nuestras fuerzas, tanta mayor confianza habemos de tener en la misericordia divina. Esta es una balanza dice el santo; cuanto más baja el platillo de la desconfianza propia, tanto más se eleva el de la confianza en Dios.

II. TRES VERDADES EN QUE SE APOYA ESTA CONFIANZA: 1º. *La Sagrada Escritura prueba que los pecadores deben también confiar en Dios, en quien encontrarán su fuerza y sostén.* Oídme, pecadores que por desgracia vuestra ofendisteis a Dios en lo pasado y estuvisteis condenados al infierno: si el demonio os dijere que hay poca esperanza de salvaros, respondedle con la Sagrada Escritura: *¿Quién confió en el Señor y fue deshonrado?* (Ecli 2,11). Ningún pecador confió en el Señor y se vio perdido. Tomad en seguida la firme resolución de no volver a pecar; abandoaos en brazos de la divina bondad, y no dudéis

entonces de que Dios tendrá compasión de vosotros y os salvará del infierno: *Sobre el Señor arroja tu cuidado, y Él te sustentará* (Sal 54,23). Refiere L. de Blois que un día dijo el Señor a Santa Gertrudis: “Quien en mí confía me hace tan suave violencia, que me imposibilita negarle nada”.

Dice el profeta Isaías: *Los que esperan en Yahveh renuevan las fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren y no se fatigan; andan y no se cansan* (Is 40,31). Quienes ponen su confianza en Dios robustecerán su fortaleza, pues, dejando la propia debilidad, adquirirán la fortaleza de Dios, volarán como águilas por los caminos del Señor y no sentirán fatiga ni desmayo. David llegaba hasta decir: *La misericordia rodea al que confía en el Señor* (Sal 31,10); de tal modo rodea la misericordia del Señor a quien en Él confía; que no le podrá faltar nunca.

2º. *Cuanta mayor confianza tenga el cristiano en la misericordia divina, más gracias alcanzará.*—Según San Cipriano, la misericordia divina es fuente de infinitas riquezas, y cuanto mayor es el recipiente de confianza que a la fuente se lleva, tanto más abundantes son las gracias que se reportan; por esto escribió el Profeta Rey: *Sea tu gracia, Señor, sobre nosotros, según de ti espera-*

mos (Sal 32,22). Por lo tanto, cuando el demonio nos amedrente poniendo ante nuestra vista tantas dificultades en perseverar en gracia de Dios en medio de tantas ocasiones y peligros como hay en esta vida, por toda respuesta alcemos los ojos a Dios y esperemos en su bondad, y estemos firmemente seguros; de que su divina bondad nos enviará los auxilios necesarios para resistir: *Levanto hacia los montes mis ojos: ¿de dónde mi socorro me vendrá?* (Sal 120,1). Y cuando el enemigo nos represente nuestra debilidad, digamos con el Apóstol: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* (Fil 4,13). De mí nada puedo, pero confío en Dios que con su gracia lo podré todo.

3°. *Debemos volvernos hacia Jesucristo, que nos rescató con su muerte.*— En medio de tantos peligros como estamos de perdernos, volvámonos siempre hacia Jesucristo, abandonándonos en las manos de quien nos redimió con su muerte, y digámosle: *En tus manos mi espíritu encomiendo; me librarás, Señor, Dios de verdad* (Sal 30,6). Y al decir esto, excitémonos a la esperanza de llegar un día a la vida eterna, añadiendo: *A ti, Señor, me acojo; no quede para siempre confundido.*

12. Resistencia a las tentaciones

I. DEBEMOS RESISTIR A LAS TENTACIONES, A VECES VIOLENTAMENTE Y CON REDOBLADAS ORACIONES.— Harto conocido es que en cualquier ocasión peligrosa Dios nos socorre, si acudimos confiados a Él; pero hay a las veces ciertas ocasiones más críticas en las que Dios quiere que pongamos por nuestra parte todo lo que podamos, violentándonos en la resistencia. No bastará entonces que acudamos una o dos veces a Dios, sino será preciso que menudeemos las oraciones postrándonos a las plantas de la Santísima Virgen María y a los pies del crucifijo y diciendo entre lágrimas: “Madre mía María, ayúdame; Jesús, Salvador mío, sálvame; por piedad, no me abandones, no permitas que tenga la desgracia de perderme”.

II. PRUÉBASE ESTA VERDAD CON TEXTOS DEL EVANGELIO Y CON EJEMPLOS DE LOS SANTOS.— Recordemos algunos textos del Evangelio: *¡Cuán angosta es la puerta y estrecha la senda que lleva a la vida!* (Mt 7,14). La senda del cielo es estrecha; como se suele decir, no pasan por ella las carrozas; quien quiera entrar en carroza no lo conseguirá; por esto entran pocos en el cielo,

porque son pocos los que quieren hacerse violencia para resistir a las tentaciones. *El reino de los cielos padece fuerza*, y hombres esforzados arrebatan de él (Mt 11,12). A propósito de esto dice un autor: “Con violencia se le busca, se le invade y se le ocupa”. Hay que buscar el reino de los cielos violentándose; quien lo quiera conquistar sin molestarse y viviendo vida tranquila y muelle no lo conquistará y quedará excluido de él.

Ejemplos de los santos.— Los santos para salvarse fueron a vivir a los claustros, a los desiertos, o, como los mártires, se enfrentaron con las torturas de la muerte. *Hombres esforzados le arrebatan* (Mt 15,12). Laméntanse algunos de no tener confianza en Dios, y no se dan cuenta de que su poca confianza nace de su poca resolución en el servicio de Dios. Santa Teresa decía: El demonio “ha gran miedo a ánimas determinadas”. Y el Sabio escribe: *Los deseos del perezoso lo matan* (Prv 21,25). Muchos se quieren salvar y hasta santificarse, pero nunca se resuelven a adoptar los medios, la meditación, la frecuencia de sacramentos, el desprendimiento de las criaturas; y si los adoptan, se cansan luego de ello. En una palabra, se alimenta uno de deseos ineficaces y a la vez se continúa viviendo, si no en

desgracia de Dios, al menos en la tibieza, que aboca a la ruina del alma con la pérdida de Dios; allí es cómo los deseos matan al perezoso.

PERORACIÓN: 1°. *Formar la firme resolución de darse a Dios y adoptar los medios convenientes.*— Por lo tanto, si queremos salvarnos y santificarnos, es preciso que nos resolvamos firmemente, y no sólo en general, a darnos a Dios y, en consecuencia, a adoptar en particular los medios oportunos.

2°. *Ser fieles a ellos, con súplica constante a Jesús y a María.*— Y para no abandonarlos jamás no dejemos de encomendarnos a Jesucristo y a su santísima Madre, para que nos obtengan la santa perseverancia.

13. Utilidad de las tribulaciones

I. VENTAJAS CON RELACIÓN AL PECADO:

1°. *Las tribulaciones abren los ojos acerca de los pecados cometidos.*— *Quien no ha sido tentado, poco sabe; mas quien ha viajado de acá para allá, abunda en destrezas* (Ecli 34,9). Quien vive en la prosperidad, sin experiencia de adversidades, nada sabe del estado de su alma. Las tribulacio-

nes nos hacen abrir los ojos, al paso que las prosperidades nos los ciegan. San Pablo reconoció los errores en que vivía cuando en su ceguera se le apareció Jesucristo. El rey Manasés, en la cárcel de Babilonia, recurrió a Dios, reconoció sus extravíos e hizo penitencia de ellos: *Cuando él se vio en angustia, trató de congraciarse con su Dios, y se humilló profundamente ante el Dios de sus padres* (2 Par 33,12). El hijo pródigo, dedicado a la custodia de animales inmundos y afligido por el hambre que padecía, exclamó: *Me levantaré y me iré a mi padre* (Lc 15,17).

2º. Desasen de las cosas del mundo.— La tribulación nos desprende de los afectos a las cosas terrenas. Cuando la madre quiere destetar a su hijo, pone hiel en los pechos para que los aborrezca y se habitúe a mejor alimento. Así obra Dios con nosotros para desprendernos de los bienes terrenos: acibáralos para que, gustando su amargura, los aborrezcamos y pongamos todo nuestro afecto en cosas celestiales. Dice San Agustín que, “Dios mezcla la amargura con las felicidades terrenas para que suspiremos por la otra felicidad, cuya dulzura no es engañosa”.

3º. *Arman contra las tentaciones.*— Los que viven entre prosperidades siéntense molestados por infinidad de tentaciones de soberbia, de

vanagloria, de sed ávida de riquezas, de honores y más honores, de placeres y más placeres. De tales tentaciones nos libran las tribulaciones y nos tornan humildes y contentos con el estado en que nos coloca el Señor. Por esto escribía el Apóstol: *Somos corregidos por el Señor a fin de que no seamos condenados por el mundo* (1 Cor 11,32).

4º. *Hacen expiar los pecados.*— Nos hacen satisfacer por los pecados cometidos bastante mejor que con las penitencias hechas voluntariamente por propio impulso. “¡Oh hombre, exclama San Agustín, comprende que Dios se hace médico tuyo para curar las llagas que te hicieron los pecados y emplea el medicamento de las tribulaciones”. ¡Excelente remedio el de las tribulaciones!, por lo que el santo corrige al pecador que se queja de que Dios se las envíe: “¿A qué quejarte, cuando recibes no un castigo, sino una medicina?”. Job llamaba dichoso al que Dios corregía con tribulaciones, porque Dios sana con las mismas manos con que hiere: *Pues Él es quien hiere y quien venda; llaga, y sus manos curan* (Job 5,18). Razón le sobraba a San Pablo para gloriarse en las tribulaciones: *Nos gozamos en las tribulaciones* (Rm 5,3).

II. VENTAJAS CON RELACIÓN A LA VIRTUD:

1º. *Las tribulaciones obligan a recurrir a Dios.* Las tribulaciones nos hacen acordarnos de Dios y nos obligan a recurrir a su misericordia, viendo que solo Él puede y quiere aliviarnos en nuestras miserias: *En su angustia me buscarán*; por lo que luego dijo el Señor, hablando a los atribulados: *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados y yo os aliviaré* (Mt 11,28). Por eso se llama: *Nuestro refugio y nuestra fuerza* (Sal 45,2). David escribió: *Si los hería de muerte, le buscaban, y se volvían a preguntar por Dios* (Sal 77, 34). Viéndose los hebreos atribulados, y ante el estrago que en ellos hacían sus enemigos se acordaban de Dios y volvían a él.

2º. *Dan ocasión de practicar muchas virtudes y contribuyen a adquirir muchos méritos.*— Las tribulaciones nos hacen ganar muchos méritos ante Dios, pues nos dan ocasión de practicar las virtudes que le son más caras, como la humildad, la paciencia y la conformidad con su voluntad santísima. Decía el Santo Juan de Ávila: “Esta es la verdadera señal de los hijos de Dios, que dejando su voluntad propia hacen la de Él; y esto no en las prosperidades (que aquello poco es), mas en las adversidades, adonde vale más un *gracias a Dios, un bendito sea Dios*, que tres mil

gracias y bendiciones de prosperidades”. San Ambrosio había dicho: “Suprime el padecer de los mártires, y habrás suprimido su Corona”. ¡Cuántos tesoros de méritos gana quien sufre pacientemente desprecios, pobreza y enfermedades! Ser despreciados de los hombres: he aquí lo que verdaderamente deseaban los santos, he aquí lo que ambicionaban por amor de Jesucristo y para asemejársele.

Además, ¡qué de ganancias en el soportar las incomodidades de la pobreza! “¡Dios mío y todas mis cosas!”, decía San Francisco de Asís, y al decirlo se reputaba más rico que todos los grandes de la tierra. Harta verdad dijo Santa Teresa cuando escribió: “Mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad”. ¡Dichoso quien pueda decir de todo corazón: Jesús mío, tú solo me bastas. Si te crees desgraciado por ser pobre, dice San Juan Crisóstomo, bien desgraciado eres y digno de lástima, no ya por ser pobre, sino porque, siéndolo, no te abrazas con la pobreza y te juzgas desgraciado.

Finalmente, practicando la paciencia en las enfermedades es mucho lo que merecemos, tanto que labramos una gran parte de la corona que nos está preparada en el cielo. Enfermo habrá que se queje de que en la enfermedad no puede

hacer nada, pero se equivoca, porque lo puede hacer todo, aceptando en paz y resignadamente los padecimientos. Escribe San Juan Crisóstomo: “La cruz de Cristo es la llave del paraíso”.

3º. *Son el medio de llegar a la santidad.*—Decía San Francisco de Sales: “La ciencia de los santos consiste en sufrir constantemente por Jesucristo; así nos santificaremos”. Así prueba Dios a sus servidores y los halla dignos de sí. *Dios los sujetó a prueba y los halló dignos de sí* (Sab 3,5). Y el Apóstol dice: *A quien ama corrígele el Señor, y azota a todo hijo* que por suyo reconoce (Heb 12,6). De aquí que Job dijese: *Si aceptamos de Elohim el bien, ¿no hemos de aceptar también el mal?* (Job 2,10). Si nosotros, exclamaba, recibimos con agrado tantos bienes de Dios, es decir, las prosperidades de esta vida, ¿por qué no habremos de recibir con mayor agrado los males, es decir, las tribulaciones, que nos son mucho más útiles que las prosperidades? Decía San Gregorio que así como la llama se aviva al contacto del aire, así el alma se perfecciona al contacto de las tribulaciones.

Para las almas fervorosas, las tribulaciones más penosas son las que proceden del demonio en su esfuerzo por hacernos ofender a Dios; pero también ¡qué méritos ganan los que rechazan las

tentaciones y las soportan pacientemente recurriendo a Dios! *Fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis* (1 Cor 10,13). El Señor permite las tentaciones para que al rechazarlas adquiramos otros tantos merecimientos. *Bienaventurados los que están afligidos, porque ellos serán consolados, dice el Señor* (Mt 5,5). Bienaventurados, dice el Apóstol, *porque eso momentáneo, ligero, de nuestra tribulación, nos produce, con exceso incalculable, siempre creciente, un eterno caudal de gloria* (2 Cor 4,17).

III. VENTAJAS CON RELACIÓN A LA PREDESTINACIÓN: 1º. *Las tribulaciones nos aseguran el cielo.*— Sufrid en paz, dice San Juan Crisóstomo, las tribulaciones, porque, si las aceptáis resignadamente, ganaréis grandes cosas; pero si las recibís de mala gana, en vez de disminuir vuestro dolor, aumentará. De buena o de mala gana, tenemos que pasar por muchas tribulaciones, como dice el Apóstol: *Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de Dios* (Hech 14,21). Decía un gran siervo de Dios que el cielo es la patria de los pobres, de los perseguidos, de los humillados y afligidos, como fueron los mártires y todos los santos sin excepción. El apóstol San Pablo nos da, en consecuencia, este aviso: *Tenéis*

necesidad de paciencia, a fin de que, habiendo cumplido la voluntad de Dios, alcancéis la promesa (Heb 10,46). Pero pregunta San Cipriano, hablando de las tribulaciones de los santos: “¿Qué supone todo esto para los servidores de Dios llamados como están a las alegrías del cielo?”.

2º. Son señal de que Dios perdona al alma y le devuelve su amor.— En suma, que, si Dios prueba, es para nuestro bien y no para nuestro mal, como lo proclamó Judit: *Como a ellos no los exterminó, sino que los pasó por el fuego para aquilatación de su corazón, tampoco de nosotros tomó venganza, sino que para corrección azota el Señor a los que se llegan a él (Jud 8,27).* San Agustín añade: “El Señor está irritado contra el hombre a quien no castiga por sus pecados”. Si vemos a un pecador atribulado en esta vida, es señal de que Dios quiere tener misericordia de él en la otra cambiando el castigo eterno por el temporal, que es infinitamente menor. ¡Desgraciado, por el contrario, del pecador que no es castigado por Dios en la vida!; señal de que reserva contra él toda su indignación para la eternidad.

Preguntaba a Dios el profeta Jeremías: *¿Por qué el proceder de los impíos prospera? (Jr 12,1);*

y respondía el propio Jeremías: *Sepáralos como ovejas para el degüello y conságralos para el día de la matanza* (Ibid 3). Así como en el día del sacrificio se reúnen todas las bestias destinadas a morir, así los impíos están destinados a la muerte eterna como víctimas de la ira divina. “Sí, Señor, comenta Duhamel, resérvalos para que, en el día que señales para el sacrificio, los inmoles a tu justa cólera”.

Por tanto, cuando Dios nos envíe tribulaciones, digamos con Job: *Había pecado y torcido el derecho, mas Él no me ha dado mi merecido*. Señor, mis pecados merecían mucho mayor castigo que el que me enviáis. Más aún, habemos de rogar a Dios con San Agustín: “Emplead aquí el hierro y el fuego; no perdonéis en la tierra para que perdonéis en la eternidad”. De lo contrario, véase aquí el formidable, el más formidable de los castigos del pecador: *Si el impío es compadecido, no aprende justicia* (Is 26,10). Dejemos de castigar al impío en la tierra; dejémosle arrastrar su vida desordenada, y así le reservaremos para el castigo eterno. “¡Ah!, exclama San Bernardo, yo no me suscribo, Señor, a esta misericordia, pues tal compasión se me hace más formidable que todos los rigores de vuestra cólera”.

Las tribulaciones que Dios nos envía en la tierra son, por lo tanto, otras tantas pruebas de su amor hacia nosotros, como dijo el ángel a Tobías: *Y puesto que eras acepto a Dios, necesario fue que la tentación te aquilatase* (Tob 12,13). De aquí que el apóstol Santiago llame *bienaventurado al hombre que sobrelleva la tentación, porque, acrisolado con ella, recibirá, la corona de la vida, que Dios prometió a los que le aman* (Sant 1,12).

3º. *Nos asemejan a Cristo y a los santos.*— Quien quiera ser glorificado con los santos en el cielo, necesita, como ellos, padecer en la tierra, pues ninguno de ellos fue querido y bien tratado por el mundo, sino que todos fueron perseguidos y despreciados, verificándose lo del propio Apóstol: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos* (2 Tim 3,12). Por esto decía San Agustín que el que no quiere las persecuciones no ha comenzado a ser cristiano. Cuando nos sentimos atribulados, bástenos para consuelo saber que entonces el Señor está cerca y nos acompaña: *Cercano está el Señor de los que tienen el corazón contrito* (Sal 33,19). *En la angustia, con él estaré yo* (Sal 90,15).

14. Manera de soportar las tribulaciones.

Dos disposiciones requeridas para sacar fruto de las tribulaciones

I°. PUREZA DE ALMA. ES NECESARIA:

1°. *Para padecer.*— El alma sometida a las tribulaciones de la vida presente debe en primer lugar salir del pecado y hacer cuanto le sea posible para reintegrarse a la gracia de Dios. De no hacerlo cuanto sufra en estado de pecado mortal lo sufrirá sin mérito alguno para el cielo. Decía San Pablo: *Si entregare mi cuerpo para ser abrasado, mas no tuviere caridad, ningún provecho saco* (1 Cor 13,3). Si hubiera quien padeciese todos los tormentos de los mártires, incluso el tormento del fuego, y se viese privado de la divina gracia, de nada le valdría todo ello.

2°. *Para ser consolado en las penalidades.*— Por el contrario, el que sufre, pero sufre con Dios y por Dios, sentirá, merced a su resignación, que todo su sufrimiento se cambia en consuelo y en alegría: *Vuestra congoja se trocará en gozo* (Jn 16,20). Por esto los apóstoles, luego de ser injuriados y apaleados por los judíos, salían del consejo llenos de alegría por haber sido así maltratados por amor de Jesucristo: *Iban de la presencia del sanedrín gozosos por haber sido hallados*

dignos de ser afrentados por causa de tal nombre (Hech 5,41). Por lo tanto, cuando Dios nos visite con la tribulación, se impone que digamos con Jesucristo: *El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo he de beber?* (Jn 18,11). Y no se olvide que la tribulación, venga de los hombres o venga de Dios, siempre viene de Dios que es quien la envía.

II. LA CONFIANZA EN DIOS: 1º. *Dios solo puede y debe socorrer.*— Además, cuando nos veamos atribulados por todas partes y no sepamos qué hacer, volvámonos a Dios, que únicamente es quien nos puede consolar. Así decía el rey Josafat hablando con el Señor: *Carecemos de fuerza frente a esa gran multitud que se nos viene encima, y no sabemos qué hacer; mas en ti tenemos puestos nuestros ojos* (2Par 20,12). Así hacía David en sus tribulaciones, recurrir a Dios, que lo consolaba: *Clamé al Señor en la congoja mía, y Él me escuchó* (Sal 119,1). También nosotros debíamos recurrir a Dios y suplicarle, y volverle a suplicar hasta ser atendidos: *Cual atentos los ojos de la esclava a las manos están de su señora; así al Señor, Dios nuestro, nuestros ojos miran a que se apiade de nosotros* (Sal 123,2). Mientras Dios no nos haga sentir los efectos de su miseri-

cordia, tengamos hacia Él levantados los ojos y no cesemos de rogarle.

Grande debe ser nuestra confianza en el Corazón de Jesús, tan lleno de misericordia, sin hacer como aquellos que, apenas empiezan a pedir, se cansan en seguida al no verse atendidos prontamente. A estos tales se les aplica lo que el Salvador dijo a San Pedro: *Poca fe, ¿por qué titubeaste?* Cuando pedimos gracias de orden espiritual o que pueden servir al bien de nuestra alma, hemos de tener por cierto que, si por nuestra parte pedimos con perseverancia y sin perder la confianza, Dios ciertamente nos atenderá. *Todo cuanto rogáis y pedís, creed que lo recibisteis y lo alcanzaréis* (Mc 11,24). Por lo tanto, es necesario que en las tentaciones nunca dejemos de rogar ni de confiar plenamente en que la divina bondad no dejará de consolarnos; si la prueba continuare, digamos con Job: *Aunque me matare, en él esperaré* (Job 13,15).

2º. *Esperar socorros de las criaturas es engaño para el alma y pena para Dios.* Las almas de poca fe suelen en sus tribulaciones ir en busca de consuelos antes a las criaturas que a Dios, y con ello no hacen más que menospreciar a Dios y quedar engañadas en sus miserias: *Si el Señor la casa no edifica, trabajarán en vano los cante-*

ros. *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano el centinela estará alerta* (Sal 126,1). He aquí cómo reflexiona San Agustín acerca de este texto: “Dios es quien edifica, Dios quien os da inteligencia y Dios quien lleva a buen fin vuestros esfuerzos. Sin duda que nosotros trabajamos como obreros, pero no olvidéis el texto del salmo: *Si el Señor la casa no edifica, trabajarán en vano los canteros*”. Todo bien, todo auxilio debe venir de Dios, pues sin él las criaturas de nada nos pueden servir.

De aquí estas quejas del Señor a su pueblo: *¿No está ya Yahveh en Sión?... ¿Por qué me han irritado con sus esculturas?... ¿No hay ya bálsamo en Gabaad? ¿No existe médico allí? ¿Por qué, pues, no ha surgido la curación de mi pueblo?* (Jr 8,19-21). ¿Quizás no estoy yo en Sión, dice Dios, ya que los hombres provocan mi indignación recurriendo a las criaturas, en quienes cifran todas sus esperanzas hasta convertirlas en dioses? ¿No van buscando remedio a sus males? Y ¿por qué no lo buscan en Galaad, monte de Arabia lleno de ungüentos aromáticos, que simboliza la misericordia divina, donde hallarían el médico y la medicina de todos sus males? ¿Por qué, pues, añade el Señor, quedan abiertas vuestras llagas sin hallar curación?

Sencillamente, porque acudís confiados a las criaturas y no a mí.

3º. *Dios vendrá en nuestra ayuda prontamente y con sabiduría.*— En otro lugar dice el Señor: *¿Acaso soy para Israel desierto o tierra tenebrosa? ¿Por qué, pues, ha dicho mi pueblo: Nos hemos retirado, no vendremos más a ti?... Pues mi pueblo hame olvidado días sin cuento* (Jr 2,31-32). Laméntase Dios y exclama: *¿Por qué decís, hijos míos, que ya no queréis recurrir a mí? ¿Quizás me he convertido para vosotros en tierra estéril, que no da fruto o lo da muy tardío? ¿He frustrado tal vez vuestras esperanzas para que así os olvidéis de mí? Con tales palabras nos da a entender su deseo de que recurramos a Él, para que pueda dispensarnos sus mercedes; y a la vez nos hace saber que, cuando a él acudimos, acude presto y presto comienza a socorrernos. No, no duerme el Señor, dice David, cuando acudimos a su bondad y le pedimos las gracias necesarias a nuestra alma, sino que nos oye y se preocupa de nuestros intereses: No, no ha de adormecerse ni dormirse el guardián de Israel* (Sal 120,4). Y cuando se trata de gracias temporales, dice San Bernardo, Dios nos da lo que solicitamos de su bondad o lo que sabe nos ha de ser más ventajoso. O nos concederá la gracia solici-

tada, siempre que sea conveniente para el alma, o nos dará algo más útil, como la gracia de la resignación a la divina voluntad, sufriendo pacientemente aquella tribulación, lo que nos valdrá merecimientos para el cielo.

PERORACIÓN.— Acto de contrición y de firme propósito a Jesús y a María.

15. Obligación de huir de toda ocasión peligrosa

1º. *Las ocasiones favorecen nuestra funesta inclinación al pecado.*— Con el pecado original hemos heredado la funesta inclinación al pecado, es decir, a hacer lo que está prohibido; el mismo San Pablo se lamentaba de sentir esta ley contraria a la razón: *Veo otra ley en mis miembros, que guerrea contra la ley de mi razón y me tiene aprisionado como cautivo en la ley del pecado* (Rm 7,23). Cuando se presenta la ocasión peligrosa, esta malvada inclinación provoca en nosotros violentos asaltos, a los que es muy difícil resistir, porque Dios niega las gracias eficaces a quienes se ponen voluntariamente en la ocasión: *Quien ama el peligro sucumbirá en él* (Ecli

3,27). Quien no huye del peligro queda abandonado del Señor, como asegura Santo Tomás: “Cuando nos exponemos al peligro, Dios nos abandona a nosotros mismos”. Por esto decía San Bernardino de Siena: “Este es el más importante de los consejos de Cristo y al que hay que mirar como fundamento de toda la religión: el de la huida de las ocasiones peligrosas”.

2º. *Las ocasiones abren la puerta al demonio.*— Escribe San Pedro que el demonio *anda en torno buscando a quién devorar* (1 Ped 5,8). El enemigo da vueltas en torno de cada alma para entrar y enseñorearse de ella. Para conseguir su intento comienza por exponerla a la ocasión de pecado, y, al decir de San Cipriano, busca nuestro lado débil para abrir brecha. No bien el alma deja abierto el portillo de la ocasión, el demonio entra con toda facilidad para devorarla. Tal fue la causa de la ruina de nuestros primeros padres, que no huyeron de la ocasión. Dios les había prohibido no sólo comer, pero ni aun tocar el fruto vedado, como la misma Eva lo dijo a la serpiente cuando la tentaba a comerlo: *No comáis de él ni lo toquéis, para que no muráis* (Gen 3,3). Pero la desgraciada, como nota un comentador, *vio, cogió y comió*; primero comenzó por mirar la fruta prohibida, luego la tomó en sus manos y

terminó por comerla. Esto pasa de ordinario a los que se ponen voluntariamente en la ocasión.

Obligado cierto día el demonio, en un exorcismo, a decir cuál era el sermón que más le desagradaba, respondió: “El de la huida de las ocasiones peligrosas”. Y con razón, porque se suele reír de todos los buenos propósitos y de las promesas hechas a Dios. Su principal cuidado es inducir a los hombres a que no huyan de las ocasiones peligrosas, porque la ocasión es como una venda que tapa los ojos e impide ver las luces recibidas, las verdades eternas y los propósitos formados; en una palabra, hace olvidarlo todo y como que fuerza al pecado.

3º. *Por ellas el alma cae en los lazos del mundo.*— *Sábetete que andas en medio de asechanzas* (Ecli 9,20). Venir al mundo es entrar en medio de lazos, y por eso el Sabio advierte que quien quiera asegurarse contra estos lazos debe guardarse y alejarse de ellos. Pero si, en lugar de alejarse de ellos, se buscan, ¿cómo se podrá uno ver libre de ellos? David, después de haber aprendido a costa suya los peligros que se corren exponiéndose a las ocasiones peligrosas, declara que para conservarse en gracia de Dios se había constituido como una ley el evitar todas las ocasiones que pudieran inducirle al mal: *Vedo a mis*

pies toda perfecta senda, por guardar tus palabras (Sal 118,101). No se apartaba del pecado, sino de cuanto pudiera arrastrarle a pecar.

4º. *Ilusiones disipadas. La ocasión es necesaria.*— El demonio sabe hallar pretextos para que se mire como necesaria y no ya como voluntaria tal ocasión a que uno se expone. Cuando la ocasión es verdaderamente necesaria, el Señor no dejará de prestarnos su ayuda para no caer si no podemos huir de ella; mas a veces acontece que nos persuadimos que ciertas ocasiones son necesarias, al menos para justificarnos a nuestros propios ojos. San Cipriano escribe: “Nunca se conserva bien el tesoro que se encierra con un ladrón, ni se halla seguro el cordero que se encierra en la cueva con el lobo”. Habla el santo contra los temerarios que se niegan a romper con la ocasión y aun dicen: *Yo no temo caer*. Pero lo acabamos de oír: “No está seguro el tesoro en la misma habitación que el ladrón, ni el cordero en la misma cueva que el lobo”. Nadie tampoco puede estar seguro de conservar el tesoro de la gracia queriendo permanecer en la ocasión de pecado.

Adviértenos el Apóstol Santiago *que cada cual es tentado al ser arrastrado y encebado por la propia concupiscencia* (Sant 1,14); ahora bien,

¿qué modo de resistir y cómo no caer, si no se huye de las ocasiones que vienen de fuera? Por esto, tengamos muy a la vista la regla que Jesucristo nos impuso para vencer todas las tentaciones y salvarnos: *Si tu ojo derecho te es ocasión de tropiezo, arráncalo y échalo lejos de ti* (Mt 5,29). Si ves que tu ojo derecho te es causa de condenación, arráncalo y échalo lejos de ti; es decir, si se trata de la pérdida del alma, se impone la huida de toda ocasión.

Temo a Dios y no caeré.—Nota San Francisco de Asís, y en otro sermón os lo he recordado, que el demonio, en su lucha contra ciertas almas animadas del temor de Dios, se guarda muy bien de pretender imponerles de pronto las cadenas del pecado mortal, porque su sola vista las horroriza y huirían espantadas, dejando así burladas todas las tentativas del enemigo. Empieza, pues, el astuto por atarlas con un cabello, como vulgarmente se dice; esto no puede espantarlas; pero a continuación impóneles poco a poco lazos más pesados, hasta acabar por esclavizarlas.

Por lo tanto, si se quiere escapar del peligro, es preciso que desde un principio se rompa con los más mínimos cabellos, es decir, con todas las ocasiones, saludos, cartitas, regalos, palabritas afectuosas.

16. Obligación más estricta de evitar las ocasiones que exponen al pecado de impureza

1º. *Violencia de las tentaciones impuras.*—Hablemos en particular del que se deje dominar del vicio impuro. A este tal no le basta con huir de las ocasiones próximas; si no se aparta también de las remotas, caerá fácilmente de nuevo.

La impureza es vicio, dice San Agustín, que guerrea con todos, y contados son los vencedores. ¡Cuántos desgraciados quisieron luchar con este vicio y salieron derrotados! “Pero no, dirá tal vez el demonio a alguno; no temas, que no te haré sucumbir a la tentación”. “No quiero, responde San Jerónimo, luchar con la esperanza de la victoria, no sea que pierda la tal victoria”. En esta materia se necesita gran auxilio de Dios para no sucumbir derrotado, y por eso, por nuestra parte, para hacernos dignos de tal auxilio, se impone que huyamos de las ocasiones; se impone que de continuo nos encomendemos a Dios, pidiéndole conservar la castidad, porque por nosotros mismos no la podremos conservar. Dios es quien nos lo habrá de conceder: *Entendiendo que de otro modo no la alcanzaría, si no es que Dios me la daba... acudí al Señor y le*

rogué (Sab 8,21). Pues bien, exponernos a la ocasión equivale a proveer de armas a nuestra rebelde carne, como dice el Apóstol, para que guerree contra el alma: *Ni presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad al servicio del pecado* (Rm 6,13). San Cirilo de Alejandría explica este paso diciendo: “Tú das alimento a la concupiscencia y prestas a la carne armas poderosísimas contra el espíritu. En esta guerra contra el vicio deshonesto, decía San Felipe Neri, vencen los cobardes, es decir, quienes huyen de las ocasiones; por el contrario, quien se pone en la ocasión arma a su carne y la envalentona, de modo que le será moralmente imposible resistir.

2º. *Debilidad de la carne.*— Mandó Dios a Isaías que clamara: *Toda carne es hierba* (Is 40,6). Pues si el hombre es hierba, dice San Juan Crisóstomo, querer mantenerse puro cuando se expone voluntariamente a la ocasión de pecar equivale a aplicar la tea a la hierba sin que se queme. No, escribe San Cipriano, es imposible no arder en medio de las llamas. Lo mismo asegura el Espíritu Santo, diciendo que es imposible caminar sobre carbones encendidos y no quemarse los pies: *¿O puede uno caminar sobre brasas sin que sus pies se quemen?* (Pv 6,27-28). No

quemarse sería un verdadero milagro; “pues bien, añade San Bernardo, mayor milagro fuera permanecer casto exponiéndose a la ocasión próxima que resucitar a un muerto”.

Decía: San Agustín que “quien no quiere huir del peligro quiere perecer en él; pero, cuando se quiere vencer y no sucumbir, hay que huir de la ocasión, por lo que el mismo santo doctor decía en otra parte: “Si el vicio impuro te quiere acometer, huye y alcanzarás victoria”.

3º. *Sorpresas del demonio.*— Hay quienes se fían neciamente de sus fuerzas, sin darse cuenta de que su fuerza es como la de la estopa arrimada al fuego: *El robusto se convertirá en estopa, y su obra en chispa* (Is 1,31). Créense otros en seguridad, debido a cierto cambio de vida, a las confesiones y promesas hechas a Dios; tanto, que llegan a decir: “Por la gracia del Señor no experimento tentación alguna con aquella persona con quien tuve otros tratos”. Estos tales que escuchen lo siguiente: Dicen que hay en Marruecos ciertos osos que van a caza de monos; cuando los monos los divisan, trepan a los árboles y logran salvarse; pero ¿qué hace el oso? Tiéndese por tierra y fíngese muerto, aguardando a que los monos bajen del árbol, y no bien bajan, levántase él, los atrapa y los devora. Así

hace también el demonio, procurando que se crea muerta la tentación, y cuando el hombre se pone en la ocasión, levántase de pronto la tentación y lo devora.

Terribles ejemplos.— ¡Cuántas almas desgraciadas, espirituales antes y dadas a la meditación, de comunión frecuente y de vida santa, cayeron en la esclavitud del demonio por exponerse a las ocasiones de pecar! Cuéntase en la Historia eclesiástica que una santa señora se dedicaba piadosamente a sepultar a los santos mártires; halló en cierta ocasión a uno que aún no había expirado y lo llevó a su casa, y a poder de cuidados y medicinas lo curó. Mas ¿qué aconteció? Estos dos santos, que así se podían llamar, puesto que uno estaba ya para morir por la fe y la otra se dedicaba a tan santo oficio con grave peligro de ser perseguida por los tiranos, primero cayeron en pecado y perdieron la gracia de Dios, y, debilitados luego por el pecado, renegaron de la fe.

San Macario refiere un hecho semejante, el de un santo anciano condenado al suplicio del fuego por no querer renegar de la fe; a medio abrasar lo retiró el tirano del fuego y lo llevó a la cárcel. Desgraciadamente se aficionó a una pia-

dosa mujer que se dedicaba a curar a los presos, y cayeron en el pecado.

PERORACIÓN: 1°. *Huid.*— *Como de la presencia de la serpiente, huye del pecado.* Según este consejo del Espíritu Santo, hay que huir del pecado como se huye no sólo de la mordedura de la serpiente, sino de su tacto y de su vista; así hay que huir no sólo del pecado, sino hasta de la ocasión del pecado, como sería aquella casa, aquella conversación, aquella persona. “Imposible, dice San Isidoro, estar cerca de la serpiente y conservarse largo tiempo sin mordeduras”. Por eso dice el Sabio que, si una persona puede fácilmente ser ocasión de ruina, *aleja de ella tu camino y no te acerques a la puerta de su casa* (Pv 5,8). Esta casa, como dice en otro lugar, es para ti *caminos del seol*; no te acerques a ella; evita aun el pasar al lado de aquella persona; más aún, pasa lo más lejos posible de ella. —Si así lo hiciera, dañaría mis intereses. —Más vale perderlo todo que perder el alma y a Dios. Hay que persuadirse de que en esta materia de la pureza no hay cautela que baste.

2°. *Temed.*— *Si nos queremos librar del pecado y del infierno, tiene que ser con temor y temblor*, como exhorta el Apóstol. Muy difícil será

que se salve quien no tiembla y no teme exponerse a las ocasiones peligrosas.

3°. *Orad.*— A diario, por lo tanto, y varias veces al día, debemos dirigir a Dios esta invocación del Padre nuestro: *No nos dejes caer en la tentación.* No, Señor; no permitáis que me halle en tentaciones en que pudiera perder vuestra gracia. Ciertó que no podemos merecer la gracia de la perseverancia; pero cierto también que Dios la concede, como dijo San Agustín, al que la pide. Porque ha prometido escuchar a quien le ruega, y así, nota el santo doctor, en virtud de su promesa, Dios se hace deudor nuestro.

17. Las malas compañías exponen a peligro inminente

1°. *Influencia preponderante del mal.*— El Espíritu Santo declara: *El que se allega a necios, se les asemejará.* Bien necios son los cristianos que viven en desgracia de Dios, tan necios que merecerían ser encerrados en un manicomio, como decía el Santo P. Maestro Ávila. ¿Puede darse, en efecto, mayor locura que la de creer en el infierno y vivir en pecado? Sépase que, cuando se frecuenta la amistad de estos perversos, no

tarda uno en pervertirse. De nada valen entonces todos los sermones de los predicadores, pues con tales amistades siempre será cierto lo de que *los ejemplos arrastran más que las palabras*. Por esto dijo el Profeta Rey: *Eres sincero con el que es sincero, mas usas de rodeos con el astuto*. Escribe San Agustín que la amistad con los perversos es como un cable que nos arrastra a seguirlos en la carrera de los desórdenes; “huyamos, pues, exclama, de las malas compañías, no sea que nos veamos arrastrados por sus vicios”. Es, por tanto, gran medio de salvación conocer de quién tenemos que huir, decía Santo Tomás.

Sea su senda oscura y resbalosa cuando el ángel del Señor los siga.— Todos caminamos entre tinieblas por caminos resbaladizos; si además de esto, hubiera un ángel de perdición, esto es, una mala compañía, peor aún que los demonios, que se encarnizara contra nosotros y se esforzara por hacernos caer en el precipicio, ¿cómo podríamos escapar de la muerte?

2º. *Inclinación a imitar a los amigos cuya compañía se frecuenta*. “Serás como el amigo que siguieres”, solía decir Platón. San Juan Crisóstomo añadía que, si queremos conocer las costumbres de alguien, no tenemos más que ver las amistades que frecuenta, porque la amistad o

encuentra iguales o torna iguales a los amigos. Y esto por dos razones: la primera, porque se procura imitar al amigo para hacérsele grato, y la segunda, porque, como dice Séneca, por naturaleza estamos inclinados a hacer lo que vemos se hace. Y antes que todos ellos se expresó así la Sagrada Escritura: *A los gentiles se mezclaron y aprendieron sus obras* (Sal 105,35).

3º. *Seducción que ejercen las malas compañías, a la que no se puede resistir.*— Sucede con las malas compañías lo que con el aire viciado: uno infecta y otras corrompen. He aquí cómo expresa San Basilio este pensamiento: “Así como infecta el aire que surge de lugares pestilentes, así también de la conversación de los malos amigos surge, sin advertirlo, el contagio del vicio”. Observa San Bernardo que “San Pedro renegó de Cristo cuando se hallaba conversando con los enemigos de Cristo”.

“Pero ¿cómo podrán, pregunta San Ambrosio, exhalar perfumes de castidad los malos compañeros, que rezuman miasmas pestilenciales? ¿Cómo podrán infundirte devoción por las cosas santas, cuando ellos las rehúyen? ¿Cómo podrán comunicarte vergüenza en las cosas que son ofensa de Dios, cuando ellos no la tienen?”. De sí mismo escribe San Agustín que, cuando fre-

cuentaba la compañía de los perversos, que se vanagloriaban de su perversidad, sentíase inclinado a pecar sin vergüenza y hasta se gloriaba del mal que hacía, por no aparentar menos que los demás: *Me avergonzaba de avergonzarme*. De aquí esta advertencia de Isaías: *¡No toquéis cosa impura!* Si tocáis lo manchado, os manchareís. *Quien toca la pez, se le pega a la mano* (Is 52,11). Así como al contacto de la pez, dice el Eclesiástico, se mancha uno, así también, quien trata con soberbios se hace orgulloso, y así de los demás vicios: *Quien toca a la pez, se le pega a las manos y el que se asocia al insolente aprende este proceder* (Ecli 13,1).

18. Cómo hay que huir de las malas compañías

1º. *No tener relación alguna con los perversos*.— Y bien, ¿que hacer? Responde el Sabio que no basta con tener cuidado de evitar el camino que siguen: *Aparta tu pie de sus veredas* (Pv 1, 15). Quiere decir que debemos huir su conversación, trato, convites, reuniones, atractivos y regalos, con los que quiere seducirnos, como lo advierte Salomón en el mismo lugar: *Hijo mío, si te tentaren los pecadores, no consientas* (Ibid

1,10). El profeta Amós se pregunta: *¿Caerá el pájaro en la red sobre la tierra si no tiene puesto lazo?* Tampoco caerá el pajarillo sin el reclamo. Las malas compañías son el reclamo de que se vale el demonio para sorprender a tantas almas en el lazo del pecado, como dice Jeremías: *Caza me han dado como a un pájaro mis enemigos sin motivo* (Lam 3,52). Dice *sin motivo*; preguntad a un perverso de éstos: “¿Por qué hiciste caer en el pecado a aquel joven?”, y os responderá: “Por nada; quería que hiciese como yo”. “Así es la táctica del demonio, observa San Efén; cuando quiere coger algún alma en sus redes, se sirve de otra como de reclamo”.

2º. *Evitar toda relación de amistad con los perversos.*— Hay que evitar como la peste toda relación de amistad con estos escorpiones infernales.— Digo huir la familiaridad, es decir, no familiarizarse con tales sujetos viciosos, frecuentando su mesa o su conversación, porque, al decir del Apóstol, es imposible huir de todo trato con ellos: *Entonces os veríais forzados a salir de este mundo* (1 Cor 5,10). Lo que sí se puede evitar es la familiaridad: *Ahora, pues, lo que os escribí fue que no os mezclaseis con...; con ese tal, ni comer* (Ibid 11). Dije *con estos escorpiones infernales*, como en efecto los llama Ezequiel: *Ni*

tengas miedo de sus palabras, aunque sean para ti cardos y espinas y habites sobre escorpiones (Ez 2,6). ¿Quisieras vivir entre escorpiones? Pues así debes huir de los enemigos escandalosos, que con sus malos ejemplos y palabras te emponzoñarían el alma. Los enemigos del hombre, serán los de su casa (Mt 10,36). Cuanto más seguidas y familiares son las relaciones con esta clase de amigos, tanto más peligrosas son para nuestra alma. Dice el Eclesiástico: ¿Quién tendrá lástima del encantador mordido (por una serpiente) y de todos cuantos se acercan a las fieras? Así es el que se acompaña con un hombre pecador (Ecli 12,13). ¿Quién se compadecerá del que quiere tratar con serpientes y con bestias feroces si luego es de ellas atacado? Así acontece con el que frecuenta la compañía de los viciosos, que, si el escándalo lo mancilla y pierde, ni Dios ni los hombres se compadecerán de él, pues ya se le avisó que anduviese con cuidado.

Un compañero escandaloso basta para corromper a cuantos amigos le tratan: *¿No sabéis, decía San Pablo, que poca levadura fermenta toda la masa? (1 Cor 5,6). Santo Tomás lo explica así: “Uno de estos escandalosos, con una máxima perversa, puede corromper a cuantos lo tratan como amigo”.*

3°. *No escuchar sus palabras.*— Estos son los falsos profetas, de quienes nos aconseja Jesucristo que nos guardemos: *Guardaos de los falsos profetas* (Mt 7,15). Los falsos profetas no tan sólo engañan con falsas profecías, sino también con máximas o con doctrinas falsas, las cuales hacen aún más daño, porque, al decir de Séneca, dejan en el alma ciertos gérmenes que acaban por producir frutos de iniquidad. Sobrado cierto es, como lo demuestra la experiencia, que las palabras escandalosas hacen daño a quien las oye y llegan, como decía San Pablo, a corromper las costumbres: *Malas compañías estragan costumbres buenas* (1 Cor 15,33). Joven habrá que se resista a obrar mal porque es temeroso de Dios; pero se pondrá por medio uno de estos demonios encarnados, es decir, un amigo falso como la serpiente a Eva: “*No moriréis en modo alguno* (Gen 3,4). ¿Qué miedo tienes? Muchos también lo hacen; tú eres joven y Dios se compadecerá de tu juventud”. Y oirá que le dicen, como los hombres de perdición de que habla la Escritura: *Venid, pues, y disfrutemos de lo bueno que existe...; por doquiera dejemos señales de jovialidad* (Sab 2,6-9). ¡Divirtámonos y alegrémonos! “Oh amistad perversa!, dice San Agustín. Cuando se oye decir: “Vayamos y disfrute-

mos”, no se atreve uno a resistir y se avergüenza de no ser uno desvergonzado”.

Debemos, sobre todo, estar muy a la mira cuando empieza la pasión a apoderarse de nosotros y ver con quién nos aconsejamos. Entonces la misma pasión nos inclina a tomar consejo de quien parece favorecerla, es decir, de quienes no nos dirigirían según Dios, de quienes precisamente nos hemos de guardar como de los mayores enemigos, ya que la pasión, unida a la mala consulta, podría precipitarnos en horribles excesos. Cuando calme la tempestad, conoceremos el error cometido y el daño que nos causó el falso amigo, daño que, por cierto, ya no podremos remediar. Por el contrario, el buen consejo del amigo que nos habla conforme a la verdad y la mansedumbre cristianas nos hace evitar todo desorden y nos devuelve la calma.

PERORACIÓN: 1º. *Huid de las malas compañías.*— *Aléjate de la culpa y se apartará de ti ella,* nos advierte el Señor. Huye, séparate de las malas compañías y cesarás de pecar: *En vereda de inicuos no penetres...; desvíate de él* (Pv 4,14). Huye hasta de los caminos que frecuentan estos malos amigos, para evitar hasta su encuentro. No dejes a tu amigo antiguo, que es Dios que te amó

antes de que el mundo existiera: *Te he amado con amor eterno* (Jr 31,3). Los nuevos amigos no te aman, sino que te odian más que cualquier enemigo, porque no buscan tu bien, como lo busca Dios, sino sus gustos y la satisfacción de ver que les acompañas en el mal y verte perdido como ellos.

Mas yo oigo que dices: “Me resisto a separarme de tal amigo, que me ha querido bien, y creo que ello sería una ingratitud”. ¿Que él te quiso bien? ¿Que sería ingrato abandonarlo? Dios sólo es quien te quiere bien, porque quiere tu salvación eterna, en tanto que ese amigo quiere tu perdición; quiere que le sigas y nada le importa que te condenes. No es, pues, ingratitud abandonar al amigo que te lleva a la perdición, sino que la ingratitud está en dejar al Dios que te crió, que murió por ti en cruz y que quiere salvarte.

2º. *No prestes oídos a sus conversaciones.—Cerca tu dominio con espinos, y haz para tu boca puerta y cerrojo* (Ecli 28,28). Huye hasta de oír hablar a tales amigos, porque aun sus pabras te pueden arruinar, y cuando oigas que hablan mal *cerca tu dominio con espinos* y repréndeles, para que no sólo se vean rechazados, sino también enmendados, como advierte San Agustín.

3°. *Ejemplo de un joven seducido y muerto en pecado.* Oíd un ejemplo terrible y ved el daño que hacen los malos amigos. Cuenta el P. Sabatini que, hallándose juntos dos amigos, uno de ellos cometió una acción torpe para complacer al otro. Vuelto a su casa, murió el desgraciado súbitamente. El otro amigo, que no se había enterado de la muerte, hallándose en la cama, vio en sueños al amigo, y, como solía, quiso abrazarlo. Entonces pudo verle rodeado de llamas y comenzó a reprocharlo entre blasfemias, ya que por su causa se hallaba condenado. Despertó estupefacto, y, en vista de tamaña desgracia, entró en sí mismo y cambió de vida. Con todo, el otro infeliz amigo se condenó, y ni hubo ni habrá remedio para él por toda la eternidad.

19. Eficacia de la oración

I. FUNDAMENTOS DE ESTA EFICACIA:

1°. *Promesas formales y reiteradas de Dios.*— Para comprender el valor y la eficacia de nuestras oraciones hay que considerar las grandes promesas hechas por Dios a quienes piden: *Invócame en el día de la angustia, yo te libraré.* (Sal 49,15). *Me invocará y yo le escucharé* (Sal 90,15).

Cuanto quisiereis, pedidlo, y lo obtendréis (Jn 15,7). Miles de textos semejantes se pudieran citar tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

2º. *Deseo que tiene de hacernos bien.*— Dios es por naturaleza la misma bondad, como escribe San León. Por esto desea tanto hacernos participantes de sus bienes. Santa María Magdalena de Pazzi llega hasta a decir: “Cuando el alma pide a Dios algún favor, Dios se siente como obligado a agradecerlo y a dispensar sus favores, pues con tal oración se le facilita el deseo que le consume de hacer el bien”.

3º. *Vivas recomendaciones del Señor.*— He aquí por qué en las divinas Escrituras se diría que no hay nada más recomendado ni inculcado por el Señor que la súplica y la oración. Para demostrarlo basta este texto de San Mateo: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá* (Mt 7,7). Dice San Agustín que Dios, con tales promesas, está obligado a concedernos cuanto le pidamos. Y añade luego que el Señor no nos exhortaría a pedirle gracias si no quisiera concederlas. Recordemos también que los salmos de David y los libros de Salomón y de los profetas están llenos de súplicas.

II. EXTENSIÓN DE ESTA EFICACIA: 1º. *Basta la oración para obtener siempre toda suerte de gracias a todos.*— Escribe Teodoreto que la oración ejerce tal eficacia ante Dios, que, a pesar de ser una, lo puede todo. Añade San Bernardo que, cuando rogamos, el Señor o nos da lo que le pedimos o una gracia más útil que la pedida. De cuantos pidieron al Señor, ¿hay uno solo que haya sido rechazado? *¿Quién le invocó y fue de Él despreciado?* (Ecli 2,12). Dice la Escritura que no hay nación que tenga dioses tan cercanos de sí y prontos a escuchar las oraciones como nuestro verdadero Dios: *¿Qué nación hay tan grande que tenga los dioses tan cercanos a sí como lo está Yahveh, nuestro Dios, cuantas veces le invocamos?* (Dt 4,7). Los reyes terrenos dan pocas veces audiencia, al paso que Dios la otorga a todos siempre que lo deseen. David, al considerar la bondad con que el Señor nos atiende, sea cual fuere el tiempo en que le rogamos, nos da a conocer que es el verdadero Dios y que nadie nos ama como Él nos ama: *Siempre que (te) invocare; que esto bien sé, que Dios está por mí* (Sal 55,10).

2º. *Estas gracias se obtienen infaliblemente.*— Quiere el Señor concedernos las gracias, pero quiere que se las pidamos. Un día llegó a decir a

sus discípulos: *Hasta ahora no habéis pedido cosa alguna en nombre mío. Pedid y recibiréis, porque vuestro gozo sea cumplido* (Jn 16,24). Como si dijera “No os quejéis de mí si no sois plenamente dichosos, sino quejaos de vosotros mismos por no haber buscado lo que necesitabais; pedídmelo en adelante y seréis atendidos”. Muchos se lamentan, dice San Bernardo, de que no les ayuda el Señor; pero el Señor es quien tendría que lamentarse de que no le imploran y que por ello no les puede socorrer.

Los padres del desierto trataron sobre el modo más útil para alcanzar la eterna salvación, y concluyeron que no era otro sino pedir incesantemente al Señor y decirle: “Señor, ayudarnos”. Por eso la Santa Iglesia nos hace tan a menudo repetir en el rezo de las Horas canónicas estas dos oraciones, tanto por sí mismo cuanto por el pueblo cristiano: *Señor, venid en mi ayuda. Señor, apresuraos a socorrerme*. Escribe San Juan Clímaco. que la oración pone, en cierto sentido, a Dios en la necesidad de concedernos sus gracias y le hace piadosa violencia.

3º. *Estas gracias se otorgan con prontitud, liberalidad y afecto. Con certeza obrará gracia contigo, atendiendo a la voz de tu grito de auxilio; en cuanto lo oiga te responderá* (Is 30,9). De aquí

que San Ambrosio dijera: “Quien pide a Dios, recibe mientras pide”. Y no sólo nos escucha Dios al instante, sino que, además, nos escucha abundantemente, concediéndonos más de lo que le pedimos. Dice San Pablo que Dios es rico; es decir, liberal de sus gracias con quien se las pide: *Espléndido para con todos los que le invocan* (Rm 10,2). Y Santiago escribe: *Si alguno de vosotros se ve falto de sabiduría, pídale a Dios, que da a todos generosamente y no zahiere* (Sant 1,5). *Generosamente y no zahiere*, es decir, que, cuando le pedimos, no nos echa en cara nuestras ofensas, sino que parece que lo ha olvidado todo para ocuparse únicamente en enriquecernos de sus gracias.

20. Necesidad de la oración.

Tres condidones prueban esta necesidad

I. LA NECESIDAD DE LA GRACIA PARA LA SALVACIÓN: 1º. *Dios quiere la salvación de todos.*— Dios quiere que todos se salven, como dice por San Pablo: *Quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al pleno conocimiento de la verdad* (1 Tim 2,4); y no quiere que se pierda nadie, como dice por San Pedro: *No quiere que*